

Aplicaciones de la obra de Cristo en el creyente

Hebreos 10:19 a 12:29

Firmeza en la profesión de nuestra esperanza: El libre acceso a Dios

Hebreos 10:19 a 10:25

Introducción

Para construir un edificio sólido, que permanezca firme ante los embates de la naturaleza, primero es necesario excavar en la tierra con profundidad para establecer unas buenas bases, sólidas, férricas, profundas. Luego de establecer este fundamento entonces se puede empezar a construir sobre él.

Jesús compara nuestras vidas como edificios que están construyéndose, algunos se edifican sobre bases sólidas (la roca) y otros sobre terrenos inestables (arenas). Pero los edificios algún día verán la furia de la naturaleza o de elementos adversos, de manera que, dependiendo de la solidez que tengan en sus bases, permanecerán firmes o caerán. Dice Jesús: *“Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca”*, Mateo 7:25. La casa construida sobre bases poco firmes no corrió con la misma suerte sino que la destrucción y la muerte vinieron sobre ella, pues aquella casa cayó.

Las bases firmes con las cuales construimos nuestras vidas espirituales asegurarán si permaneceremos o desmayaremos.

Pero estas bases firmes no pueden ser puestas sobre argumentos o intenciones humanas, así estas parezcan ser muy buenas. La firmeza de nuestra vida espiritual se encuentra en la pureza de la doctrina sobre la cual edificamos nuestra fe.

Esto es lo que nos enseña el autor a la carta a los Hebreos. Él está escribiendo a una iglesia que está enfrentándose con serios problemas doctrinales. Es posible que algunos creyentes estén siendo tentados para regresar al judaísmo y dejar el cristianismo. Ellos están siendo

convencidos por algunos maestros judíos de que la fe original y verdadera es la judaica. Su fe está temblando y corren el peligro de apostatar.

Pero el pastor no quiere que eso suceda porque él sabe que sería una hecatombe espiritual para ellos. Abandonar a Cristo es abandonar lo único seguro que hay. Regresar al judaísmo es volver a un sistema religioso imperfecto y, por cierto, ahora desechado por Dios pues lo mejor ha llegado. La realidad ha venido y las sombras deben ser abandonadas.

Pero el autor de esta carta no es un pragmático del siglo XXI, que desea obtener resultados de una forma práctica y, entonces, resume su enseñanza en unos cuantos pasos para que estos creyentes se vuelvan firmes en la fe. Él no los somete a unas cuantas sesiones de sanidad interior para que en dos o tres días maduren en la fe.

No, nuestro autor no forma parte de la generación “light” en la cual vivimos, ni del sistema pragmático que caracteriza a buena parte de la cristiandad, donde todos quieren escuchar las cinco sencillas formas para afirmarse en la fe.

Pero tampoco nuestro autor es este tipo de teólogo que discurre en sus elucubraciones doctrinales y se convierte en un creyente intelectual, ortodoxo en su fe, pero sin una ortopraxis. Como dice Barclay: “Es uno de los teólogos más profundos del Nuevo Testamento, pero toda su teología está gobernada por el sentido pastoral. No piensa sólo para sentir la emoción de la aventura intelectual, sino para apelar con más fuerza a los hombres para que entren en la presencia de Dios”²⁴⁸.

El hagiógrafo dedica suficiente tiempo para establecer las únicas bases que pueden asegurar que estos creyentes permanecerán firmes para siempre en la fe, y estas bases son los fundamentos doctrinales de los cuales ha estado hablando desde el capítulo 1:

Primero, demostró por las Sagradas Escrituras que la revelación bíblica ha sido completada de manera definitiva por Jesucristo, siendo Él mismo el fin de la revelación. Los profetas hablaron por inspiración del Espíritu Santo, pero todo su mensaje estuvo centrado en revelarnos, poco a poco, a Cristo. De manera que, una vez Jesús aparece en escena, es cumplido el fin o el propósito que tuvieron los profetas al escribir los libros de las Sagradas

Escrituras. Por lo tanto, Dios ya no da más revelaciones sino que el cuadro completo que quería mostrar nos es revelado de manera perfecta por Jesús. Rechazar a Jesús es desprestigiar la revelación de los profetas antiguos y de los escritores de la Sagrada Biblia (1:1 a 4).

Segundo, el autor mostró, usando varios versículos del Antiguo Testamento, que Jesús es superior a los ángeles. Dios había dado su Ley acompañado de muchos ángeles, ellos estuvieron presentes, pero el Evangelio no nos ha sido dado a través de los ángeles sino a través de aquel que los supera a todos, porque Él mismo gobierna sobre las naciones celestes (1:5 a 2:18).

Tercero, en un largo discurso y con suficiente apoyo escritural, el hagiógrafo demostró que Jesús es superior a Moisés. Aunque el gran legislador fue un instrumento poderoso usado por Dios para dar la Ley a Israel, y sentar las bases de la religión judía siendo fiel en la casa de Dios, no obstante Moisés era sólo un siervo en esta casa, pero Jesús es el hijo del dueño de la casa, y por lo tanto es superior al siervo (3:1 a 4:13).

Pero el autor no se conformó con estos dos argumentos doctrinales, sino que siguió demostrando que Jesús es superior, no sólo a los sacerdotes, sino al gran sumo sacerdote. Varios argumentos fueron esgrimidos de manera contundente para demostrar esta superioridad de Jesús. Uno de ellos fue la clase o la orden sacerdotal a la que pertenece Jesús, la clase de Melquisedec, de quien las Sagradas Escrituras dicen que no tuvo principio ni fin, ni padre ni madre (esto es algo simbólico), anunciando con esto que Jesús, el verdadero Melquisedec, no tendría principio ni fin de días, mientras que los sacerdotes judaicos morían de manera sucesiva, viniendo a ser muchos sacerdotes.

²⁴⁸ Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 909.

Jesús, siendo de la clase de Melquisedec, viene a ser mayor que los sumo sacerdotes del judaísmo porque cuando Abraham, el padre de la nación de Israel, dio los diezmos a Melquisedec, se humilló ante él reconociendo que era superior a sí mismo. Y siendo que los sacerdotes judaicos vienen de los lomos de Abraham, entonces Melquisedec viene a ser

superior a estos sacerdotes, los cuales, de manera simbólica, también dieron los diezmos a Melquisedec. Y el que recibe los diezmos es superior al que los da.

Pero la superioridad del sacerdocio de Jesús no sólo conduce a esto, sino que se deriva de que Jesús ejerce su ministerio no en la tierra, como los sacerdotes judaicos, sino en el cielo, a la diestra del Trono de la Majestad, lo cual evidencia que Jesús es Gobernador y Señor, características que no tenían los sacerdotes levíticos.

Jesús es superior porque Él ministra en la realidad celestial, mientras que los sacerdotes judaicos sirven en lo inmaterial, lo que es una imperfecta sombra o representación de lo que hay en el cielo (4:14 a 7:28).

El ministerio de Jesús es superior porque es el mediador de un mejor pacto. El pacto que autorizó el sacerdocio levítico estuvo destinado, desde el principio, a desaparecer, ya que Dios mismo había anunciado que vendría un nuevo y mejor pacto. El pacto bajo el cual servían los sacerdotes es llamado por nuestro autor como defectuoso. No podría proveer la reconciliación perfecta con Dios.

Jesús es superior al sistema de sacrificios que mandaba el antiguo pacto porque Él, con un solo sacrificio, alcanzó para los creyentes lo que todos los sacrificios levíticos no pudieron alcanzar: La completa limpieza y perfección de los creyentes. Los constantes sacrificios en el tabernáculo mostraban la imperfección de éstos. El sacrificio del Cordero de Dios proveyó la verdadera y definitiva solución para el pecado de los creyentes.

Jesús es superior al Antiguo Pacto, sobre el cual estaba asentado el judaísmo, porque el Nuevo Pacto garantiza mejores y eternas promesas para los creyentes. Éste provee un corazón nuevo, de carne, sensible a Dios y opuesto al pecado. El Antiguo Pacto exigía obediencia a la Ley escrita en tablas de piedra, pero no proveía los recursos necesarios en el corazón de las personas para obedecerla. El Nuevo Pacto, sobre el cual se asienta el ministerio sacerdotal de Jesús, provee lo que el Antiguo no pudo: Un corazón nuevo, obediente, sensible, pues Dios escribe su Ley ya no en tablas de piedra sino en los corazones, en lo más íntimo, en la médula espiritual del ser humano (8:1 a 10:18).

El argumento doctrinal fue bastante extenso. El autor sagrado no quiso ir a las exhortaciones o aplicaciones de manera frívola o superficial, como solemos hacer los predicadores de estos tiempos, sino que primero sentó férreas bases doctrinales.

Aunque en su discurso doctrinal aprovechó algunos momentos cumbre para dar contundentes exhortaciones, la nota dominante en estos primeros diez capítulos fue lo didáctico, la enseñanza. Lo mismo hizo Pablo en sus epístolas, lo cual se ve de manera clara en Romanos y Efesios; primero la doctrina, y luego la práctica a la cual me conducen esas verdades doctrinales.

Cuánto tenemos que aprender los predicadores que ejercemos nuestro ministerio en esta generación tan pragmática y centrada en el activismo. Hoy día las predicaciones que más agradan a la gente no son aquellas donde la Palabra es expuesta de manera clara, con sólidas enseñanzas doctrinales, sino que prefieren aquellas predicaciones centradas en el activismo, lo que algunos llaman “sermones prácticos”; pero una práctica sin doctrina es sólo religiosidad y moralismo, que pronto mostrará sus funestos y vacíos frutos.

Es hora de regresar al modelo bíblico donde primero exponemos la doctrina y luego ella nos lleva a una práctica firme. Primero las bases y luego el edificio; ese es el orden escogido por el Espíritu Santo.

Luego de esta extensa introducción pasemos a analizar los versos 19 a 25. Aquí empieza la sección práctica de la carta, la cual está dominada por las exhortaciones, aunque de vez en cuando encontraremos elementos doctrinales, así como en la primera y más grande sección la nota doctrinal fue didáctica y doctrinal, salpicada de algunas exhortaciones prácticas.

v. 19 – 20 “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”

Este versículo se presenta como una consecuencia automática de lo que Cristo ha conseguido para el creyente, y que ha sido demostrado en estos diez primeros capítulos, y también “...es una preparación a las palabras de aliento que siguen, antes de comenzar la

*exhortación solemne que confronta al cristiano con la firmeza en la fe que le impide caer en el pecado voluntario*²⁴⁹.

Las expresiones “*Así que*” o “*Por consiguiente*” son una mirada hacia atrás, hacia todo lo que se ha dicho hasta ahora. Es decir, como una consecuencia de la doctrina cristiana expuesta anteriormente, ahora los cristianos tenemos libertad completa para entrar en el santuario verdadero. Y que se trata de creyentes es claro porque el autor dirige sus palabras a los *adelphoi* (hermanos). Son hermanos porque han sido adoptados por el Padre, a través de la fe en Cristo (Juan 1:12 y Efesios 1:5).

Por medio de la sangre de Jesús, es decir de su muerte en la cruz, nosotros hemos sido limpiados de manera perfecta y ahora no tenemos nada que nos impida acercarnos al santuario donde mora Dios.

Ahora, por esa sangre derramada, ha sido confirmado el Nuevo Pacto y sus beneficios son entregados a cada creyente, desde el primer día en el cual cree en Jesús como su Salvador y Señor, obteniendo para sí la limpieza completa de sus pecados, siendo adoptado como hijo amado (Ef 1:5) y recibiendo los privilegios de la reconciliación (Romanos 5:10 a 19), de manera que ahora ya no somos enemigos de Dios.

²⁴⁹ Pérez, Samuel. Comentario exegético al griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 554.

Él no es hostil a nosotros sino que nos recibe con sus brazos amorosos bien abiertos y nos acepta en su regazo; porque ahora ya no nos ve más en nuestra condición de pecado, miseria y enemistad, sino que en nosotros ve a Jesucristo, su Hijo, y nos trata como a tales. Ahora Él se complace en nosotros, no por nosotros mismos, sino porque ve a su Hijo Amado en nosotros.

¿Cuál es el Lugar Santísimo donde podemos entrar ahora los creyentes? Obviamente el Santuario Celestial. Cristo subió al Lugar Santísimo en el cielo y donde Él entró es donde nosotros podemos ir; porque el Evangelio lo resume todo diciendo “*en Él*” (vea la carta a los Efesios). En Cristo nosotros podemos ir adonde Él va, eso fue lo que dijo: “...*para que donde yo estoy, vosotros también estéis*” (Juan 14:3).

Sólo por la sangre o la muerte de Jesús podemos entrar a la presencia de Dios, esto ya lo había dicho Él cuando declaró “*Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí*” (Juan 14:6). Es imposible tener audiencia ante el Trono del Padre Celestial si no entramos vestidos de la justicia de Cristo. Porque, así como un abogado se presenta ante un juez sin la ayuda de un abogado, y sólo le queda esperar que todo el peso de la Ley caiga sobre él, la persona que pretende entrar ante el Juez de toda la tierra (Gén 18:25), sin la mediación del excelso Abogado celestial, sólo le espera escuchar la voz condenatoria del Santo Dios.

Pero eso no es lo que sucede con el creyente en Cristo. Por medio de su obra perfecta en la cruz tiene garantizado el camino libre de obstáculos a la presencia del Padre.

Esta libertad para entrar a la morada de Dios no se refiere sólo a lo que sucederá luego de la muerte del creyente o a la segunda venida de Cristo, sino que es un privilegio que gozamos desde ya; ahora mismo podemos entrar, en el espíritu y por la fe, a la presencia misma de Dios.

El autor sagrado está confrontando a los creyentes que querían volver al judaísmo. Pero ahora no con palabras duras sino con consuelos. Él les dice, en otras palabras: No sean tontitos, no abandonéis algo tan seguro por unas ceremonias y ritos que no les conducirán a nada. Recuerden que en el judaísmo sólo el sumo sacerdote podía entrar ante el Santo de los santos; ni siquiera los levitas consagrados tenían derecho a ingresar a lo que representaba la presencia de Dios, mucho menos los judíos comunes. ¿Por qué quieren regresar a un sistema religioso que no les puede dar tanto?, ¿Por qué abandonar una fe tan preciosa que garantiza para nosotros goces que los mismos padres judíos no pudieron disfrutar de manera plena?

Ya sabemos por qué el apóstol Pablo se puso tan furioso cuando les escribió a los gálatas que eran judaizados, es decir, que eran llevados a mezclar cristianismo con rituales y ceremonias de la religión judía. Esto era tan despreciable que el apóstol Pablo dice de los judaizantes: “*¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!*” (Gál 5:12).

Esta entrada libre al Santuario Celestial es clarificada por medio de la parábola del hijo pródigo. Este hombre estaba en una condición de pecado, lejos de la casa de su Padre, porque el pecado nos aleja del Dios Santo. Su vida era miserable, y le tocó realizar los trabajos más deshonrosos para un judío: Cuidar despreciables y abominables cerdos. La condición de este joven era de inmundicia. Él sólo podía estar donde hubiera inmundicia. El pecado nos lleva a estar en los lugares sucios y con personas sucias. El pecado nos aleja de la casa de Dios.

Pero cuando este hijo miró al cielo y confesó su pecado, entonces el Padre le puso un vestido nuevo y le dio un beso de la reconciliación (Hablando esto de Cristo), de manera que ahora podía acercarse a la casa de Su Padre. Con este traje nuevo y limpio, que no lo consiguió el hijo pródigo, que no fue resultado de sus buenas obras sino que procedió de la gracia, es decir, el Padre se lo dio de manera voluntaria sin que el hijo lo mereciera; ahora él podía no sólo acercarse a la puerta de la casa del Padre, sino entrar a la casa y participar de los goces sin fin que se disfrutaban allí.

Jesús nos ha vestido con su justicia, a través de su sangre, de su muerte en la cruz, por lo tanto contamos con la dignidad (no propia) para entrar a la casa del Padre, ahora mismo. Un día Jesús vendrá y nos llevará a las moradas del Padre, pero no tenemos que esperar hasta la muerte o la segunda venida para disfrutar de estas bendiciones, sino que ahora mismo podemos entrar a sus mansiones de gozo espiritual. Como dice Arthur Pink: “Como una ofrenda o sacrificio, la expiación de Cristo ha eliminado todos los obstáculos legales entre Dios y los creyentes. En Cristo se cumplen todas las exigencias de su ley, se quitó la maldición y se rompió <la pared intermedia de separación>. Así también el Espíritu Santo aplica la eficacia de la sangre a la conciencia de los cristianos que se entregan a partir de un

sentimiento de culpa, liberándolos de su temor a Dios y permitiéndoles que se entreguen a Él con un espíritu de libertad”²⁵⁰.

Esta es la fuerza poderosa de esas palabras iniciales del verso 19: “Así que” o “Por lo tanto”. La satisfacción de Cristo a las demandas de la santidad del Padre ha eliminado todos los obstáculos legales que nos impedían entrar a la presencia de Dios.

En este pasaje el autor no nos invita al Trono de la Gracia para hallar el oportuno socorro (4:16), sino que invita al Lugar Santísimo, a lo más profundo de las moradas divinas, para adorarlo y tener comunión con Él, es decir, no esperando nada de Él, sino sólo para adorarlo. La adoración es un privilegio que sólo los creyentes pueden disfrutar. Nadie más puede rendir verdadera adoración a Dios porque para hacerlo es necesario entrar a sus moradas y contemplarle; pero nadie puede hacerlo si su corazón no ha sido limpiado. Ni un solo pecado puede ser encontrado en el adorador (“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”, Mt 5:8), y siendo que todo hombre tiene pecado sobre él, así cumpla con los rituales judaicos de la purificación, entonces ningún ser humano puede realmente adorar a Trino Dios. Pero las bendiciones del Nuevo Pacto, inaugurado por Jesús, garantizan la entrada libre a la presencia del Padre para adorarlo; porque ahora, por su sangre derramada en la cruz, hemos sido limpiados y purificados totalmente de nuestros pecados. Ahora nuestros corazones son absolutamente limpios y podemos ver a Dios, por medio de la fe.

²⁵⁰ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews, Acces to God. Extraído de:

http://www.pb,ministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_050.htm en octubre 23 del 2010

Ahora, la libertad para entrar al Santuario Celestial no es algo subjetivo, no es algo que dependa de nosotros, esta libertad es objetiva, algo fuera de nosotros mismos. Tanto los

judíos como nosotros teníamos una prohibición legal para entrar al Santuario, por lo tanto, sólo una autorización legal nos puede permitir la entrada a este Santuario. Esta autorización legal es a lo que en doctrina el apóstol Pablo denomina: *La justificación*. Por este acto legal, basado en el sacrificio substitutivo de Cristo, ahora entramos a la presencia de Dios, sin temor a ninguna condenación, como dice Pablo en Romanos: “*Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios*” (Rom 5:1 - 2), también añade: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom 8:1).

Aplicaciones

No alcanzamos a comprender lo basto y lo ancho de los favores o dones conquistados por Cristo en la cruz para nosotros. Esto es más profundo de lo que pensábamos. El autor nos ha presentado uno de los privilegios más grandes que el ser humano pueda disfrutar: Llegar con confianza y libertad, sin obstáculos, a la presencia misma de Dios para disfrutar de Él. Adoremos hoy con más gozo a nuestro Redentor, y alabemos de corazón y con total convicción a nuestro Padre; como dice Pablo: “...*con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados*” (Col 1:12 a 14).